

El reloj



RUBÉN BONIFAZ NUÑO

La envidia de todas te solaza
cuando te paras a bailar.
Al compás del arpa y los punteos
de la guitarra jabalina
—tocan los Tigres de Jamapa—
ajustan tus pies su segundero.

Y al aire que te da de vueltas
escapan el techo y las paredes,
y en él prendes puertos y estaciones
de barcos y trenes y aeroplanos,
semilla del viaje a la esperanza.

Promesa de azúcar o fulgores
del vino de nanche, tu sonrisa;
y echa flor la mata de la música
y, pues le das terrón, retoña.

Disfrutando de la nohecita
aquí nos amaneceremos;
mientras, del color de la pitaya,
alborozas a la alegría.

Bailas tú; se afinan tus tobillos
el torso fijas como espada;
brilla el sudor y te platea;
es abierto mar el mar unido.

Si tan bonita eres bailando
vestida como mariposa,
quién te pudiera ver desnuda
en tu espejo de cuerpo entero,
o como blanca palomita
entre tus colchas de gardenias.

Cuando bailas y en ti te encierras
me das razón de tus querer;
aunque me digas hoy que no,
mañana me dirás quién sabe.

Ya viene, de abril, el 24.
24 de abril te llamas.

Movido, el son te da de vueltas;
playa se vuelve la tarima,
y de lo amargo de la arena,
surtidor de agua dulce, brotas.
Habrás venido de muy lejos,
pero en Veracruz te he conocido.

En Boca del Río te miraba
cuando te parabas a bailar.
Y era el son, y eran de sed los ojos,
y la envidia aquélla, solaz tuyo,
con algo de celos, era el mío.